

Emily Dickinson, vestida de blanco

Escribe: EDUARDO CARRANZA

DATOS ESENCIALES

Junto a la fuerza y caudal amazónicos de Whitman, la delgada fontana, la espina pura de agua, el irisado y anhelante surtidor de Emily Dickinson, quien vive su soledad, su amor y su corazón (1830-1886) —“siempre vestida de blanco, como perpetuo homenaje a un lejano amor platónico”— en un pueblecito de Nueva Inglaterra perdido en la inmensidad de Norte América, en la vastedad del siglo XIX.

Este solitario y ensimismado apartamiento de su vida, contribuye a hacer de su poesía —tan misteriosa y alucinante, a veces, tan seductora y encantadora casi siempre— algo totalmente ajeno a las corrientes literarias de su tiempo.

Se ha considerado a E. D. como “una de las mayores poetisas que ha visto la historia”, se han ponderado en su obra “una fuerza excepcional de expresión”, la nitidez y condensación de su pensamiento poético y su extraña “evocatividad” metafísica.

“Siempre hay en estos versos sin oscuridad escribe José María Valverde, una sublime extravagancia personal que los separa de todo contexto de tradición, presente, futura o posible —más que a Blake o a Hopkins— y que sitúa a Emily Dickinson en una soledad incurable, al margen de toda comparación y analogía”.

* * *

POETICA

*“No he visto nunca una landa,
nunca he visto el mar,
y sin embargo, yo se cómo está hecho el yermo
y se lo que debe ser una ola.*

*Nunca he hablado con Dios,
nunca he visto el cielo,
y sin embargo conozco el lugar
como si tuviese un mapa de él". ("Inever saw a moor...").
... "En una mañana de estío, como tantas otras,
un brillo de rocío, una abeja o dos,
una brisa,
un temblor en los árboles
y, he aquí: ¡la rosa!"*

Estos dos poemillas transcritos en versión prosaica —y cualesquiera de los que se ofrecen hoy al posible lector en versión rítmica—, definen mejor que toda disertación la poética y la particular estética de E. D. Sus fuentes son, realmente, la propia vida y su soledad. Escribió algo así como un millar de breves poemas: dos estrofas, ocho versos por lo general, enlazados por una melodía personal y peculiarmente suya, en donde parpadean imágenes sencillas que revelan como en súbita visión instantánea un secreto del alma o del mundo. Son destellos hechizados: unas pocas palabras cargadas de mágica tensión. Algo semejante al Haikai, pero con menor deliberación de ingenio y mayor sugestión poética.

En cuanto a la forma: castidad expresiva y modestia: dones clásicos, según André Gide.

* * *

EDICIONES

En inglés, dos ediciones clásicas y póstumas: la primera (Filadelfia 1890), parcial y reveladora. La segunda (Poems of E. D.), de 1937, recoge su total obra poética. En español, selección de Mario Manent, Barcelona, 1957.

SEIS POEMAS DE EMILY DICKINSON

TRADUCIDOS POR EDUARDO CARRANZA

TARDE

*Levemente un lucero trigal
avanzó hasta su silla encumbrada;
un velillo de plata la luna
deslizó por su faz de cristal;
y la tarde aclaróse de pronto
de una mágica lumbre violeta:
parecía una gran sala astral;
"Padre", dije, volviéndome al cielo,
"eres puntual".*

FUTURO

*Si he de estar muerta para el bello día
en que vuelvan del sur los petirrojos,
dad al de la corbata colorada
unas migajas en memoria mía.
Si no lo puedo agradecer y si
notáis que para siempre estoy dormida,
sabed que con mi labio de granito,
inmóvil, trataré de sonreír.*

LA SORTIJA

*En mi dedo tenía una sortija
la brisa entre los árboles erraba.
El día estaba azul, cálido y bello.
Y me dormí sobre la yerba fina.*

*Al despertar miré sobresaltada
mi mano pura entre la tarde clara.
La sortija en mi dedo ya no estaba.
Cuanto poseo ahora en este mundo
es un recuerdo de color dorado.*

LA PRADERA

*Para hacer una pradera
se necesitan un trébol y una abeja,
y el ensueño.
A veces hasta el ensueño
y unas pocas abejas.
Una palabra...
Una palabra muere
—suelen decir—
en los labios de aquel que la profiere.
Os digo yo que solo de ese instante
en adelante
ha empezado a vivir.*

*La montaña se sienta en la pradera
sobre una verde silla, eternamente;
de allí contempla la creación entera
con su quieta mirada omnipresente.*

*La montaña se sienta en la pradera:
en torno a sus rodillas, como niños
en torno a las rodillas de la abuela
—verano, otoño, invierno y primavera—
giran las estaciones, gira el cielo.*

*La montaña es abuela
de los días.*

El alba es su dorada nietezuela.